

puestas y dió, en su consecuencia, las seguridades posibles al Papa; pero las concesiones eran tan insuficientes que solo contribuyeron á aumentar el descontento. Los nobles confederados acordaron organizar un verdadero ejército y apoderarse de hecho de las riendas del gobierno (1).

Este ejemplo influyó poderosamente en las clases bajas: animadas por la impunidad en que había quedado hasta en-

tonces toda oposicion al gobierno, y por la rápida decadencia de este, levantáronse contra las imágenes que consideraban como signos de idolatría y contra todos los adornos de los templos. Esta campaña comenzó en Saint Omer (agosto de 1566) y se extendió primero por las demás ciudades de Flandes, luego por Amberes, y finalmente por todos los Países Bajos. Millares de iglesias fueron bárbaramente sa-



Entrada del duque de Alba en Bruselas. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

queadas y destrozadas por el populacho armado, que destruyó preciosas obras artísticas y otros objetos de inestimable valor.

La destruccion de imágenes marcó el límite en que terminaron las relaciones pacíficas entre España y los Países Bajos, pues si hasta entonces había podido esperarse una reconciliación, esta posibilidad había desde aquel momento desaparecido: los hechos habían tomado decididamente en Flandes un carácter revolucionario. No falta quien crea que en la destruccion de las imágenes tomaron parte algunos emisarios ó adeptos de España (2). Los mas decididos y audaces nobles, como Brederode, no querían en manera alguna la dominación de una plebe desenfrenada. La mayor parte de los mendigos juraron protección á la regente, la cual les permitió la libertad de predicar al aire libre, y mantuvieron su juramento. Los martinistas, nombre que en los Países Bajos

(1) Juste, *La Revolución de los Países Bajos en tiempo de Felipe II*, I, II, 142 (obra excelente y meditada).—El rey había dicho á su embajador en Roma: «Y así podéis certificar á Su Santidad que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religion y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviese, etc.» (Lafuente, *Historia general de España*, XIII, 185).

(2) Rahlenbeck, *La Inquisición y la Reforma*, pág. 76.

se daba á los luteranos, en su mayor parte nobles y ricos comerciantes, se indignaron contra las violencias de los calvinistas.

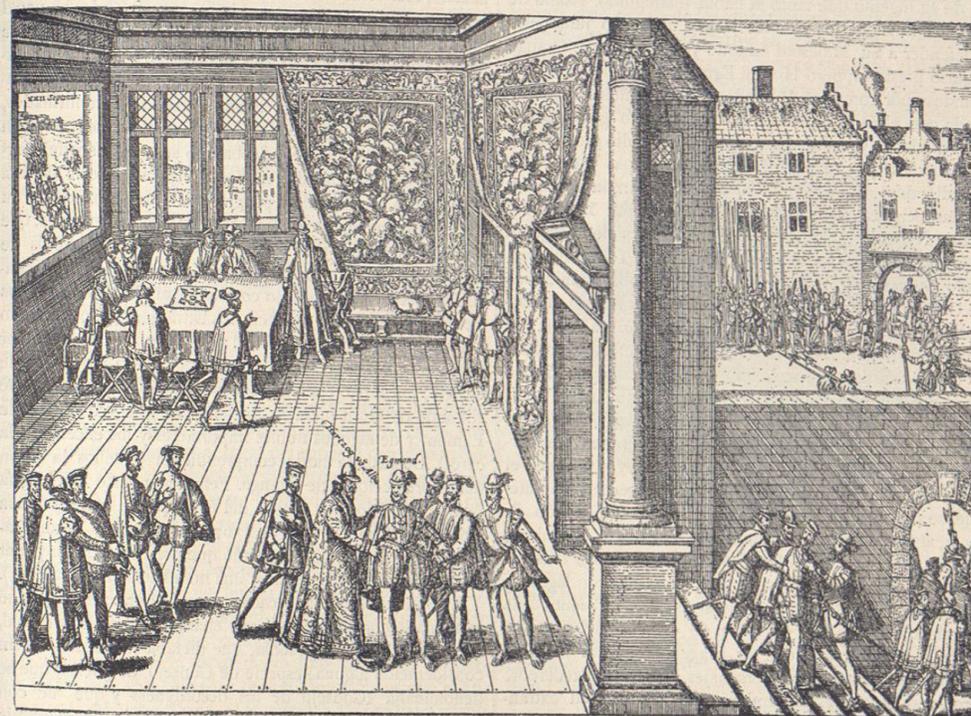
Orange, armonizando hábilmente la dulzura y el rigor, supo hacer frente al mas peligroso levantamiento, el de Amberes, y luego á otras pequeñas sublevaciones en otros puntos: sus amigos se mostraron implacables para con los revoltosos y tolerantes para con los protestantes pacíficos. Solo Egmont, católico fanático, y separado durante mucho tiempo de los antiguos amigos que contaba entre la nobleza, dió motivos de queja á los reformados.

En apariencia consiguió restablecerse el órden y la tranquilidad, pero con ellos no acabó la reaccion que los elementos reformadores habían traído con sus violencias. Hasta entonces, el país había permanecido unido; pero desde aquel momento sacaron la cabeza las enemistades privadas. Los ardientes católicos reconocieron que la libertad que pedían en los Países Bajos no serviría mas que para acabar con su Iglesia y se manifestaron adversarios de sus anteriores aliados. La alta aristocracia, aun la que profesaba ideas protestantes, no quería tener nada de comun con los destructores y ladrones de imágenes y procuraba el aniquilamiento de los mas inquietos elementos del protestantismo de aquel país. La

regente misma estaba horrorizada por las consecuencias de su tolerancia; así es que, despues de algunas dudas, no quiso mas contemplaciones y se unió íntimamente al partido de Viglio, Berlaymont y sus adeptos, á quienes tan mal había tratado hasta entonces. Reclutáronse tropas, especialmente en las provincias walonas que se habían mantenido fieles al catolicismo; y si Margarita de Parma hubiese continuado

siendo regente de los Países Bajos, en tales circunstancias el rompimiento de la lucha hubiera sido inevitable, porque las circunstancias son mas poderosas que los hombres.

Felipe recibía las noticias que de los Países Bajos le llegaban con sus acostumbradas tranquilidad y sangre fría, y todas le fortalecían cada vez mas en su idea de que únicamente por el rigor podía dominarse la situación y de que



Arresto del conde de Egmont. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

las concesiones solo podían causar nuevas desgracias. Con estas luchas de los Países Bajos, se endurecía el corazón de Felipe II, el cual creía cada vez mas ser el predestinado defensor de las verdaderas creencias contra la herejía que se extendía por todas partes, y escribía por aquel tiempo al Papa: «Prefiero perder mis Estados á tener que ser señor de herejes.» Esto debía suceder al cabo á pesar suyo. Despues de la destruccion de las imágenes y de las severas disposiciones que originó, su carácter sombrío, inflexible y fanático se agrió todavía mas; y aunque se le oía hablar muy poco de los asuntos de los Países Bajos, escribía secretamente á la regente que en breve se presentaría en Flandes al frente de un formidable ejército y exigiría estrecha cuenta de sus actos á los magnates, á quienes culpaba, en primer lugar, de todo lo acontecido.

En 29 de octubre de 1566, tuvo en efecto en Madrid la junta decisiva del Consejo de Estado. Como de costumbre Ruy Gomez príncipe de Eboli y el duque de Alba se encontraron al frente de opuestas tendencias, pues mientras este aconsejaba la sumision por la fuerza y el severo castigo de los rebeldes, aquel estaba por un viaje del rey á los Países Bajos, en donde, con su presencia y con un sistema de justicia á la vez que de benevolencia, conseguiría volver al buen

camino á los sublevados. El Papa envió entonces á Madrid al obispo de Ascoli para inducir al rey á que se personara en los Países Bajos, considerando este medio como el mejor para robustecer allí nuevamente la autoridad real y la soberanía de la Iglesia. También el cardenal Granvella había escrito desde Roma en 15 de setiembre, exhortando vivamente al rey á que emprendiera aquel viaje y á que procediera benignamente con una gente, en su mayor parte seducida, cuyos anteriores servicios no podían en modo alguno echarse en olvido.

Pero á pesar de que Felipe había anunciado repetidas veces, aun á sus servidores de mas confianza, su intencion de ir á Bruselas, optó por seguir los consejos del duque de Alba y resolvió que solo la espada, no la real clemencia, decidiera la lucha entablada en los Países Bajos.

Orange tuvo noticia de los secretos intentos del rey, y parte guiado por el espíritu de conservación, parte por amor al país, procuró excitar á sus amigos á que hicieran una resistencia armada; pero este plan fracasó ante las repetidas negativas de Egmont, á cuyo parecer no se creyó prudente resistir. Orange en su consecuencia tuvo que contentarse con organizar en sus dominios el servicio religioso reformado y con buscar la alianza de los príncipes protestantes alema-

nes. Es de notar que Orange fué siempre un buen patriota alemán, y que hubiera puesto á los Países Bajos bajo la protección del emperador, haciéndolos entrar como parte integrante en el Imperio alemán, pues decía á todo el mundo que por sus venas circulaba sangre alemana y que la Alemania era su patria.

Margarita aprovechó la disidencia y el desaliento del partido nacional, volviendo á verse en ella la poderosa elasticidad de su ingenio que tanto la había distinguido. Exigió de todos los funcionarios y de las tropas un nuevo juramento de defender á Su Majestad en todo y contra todos: Orange no quiso prestarlo; pero Horn y Egmont consintieron en ello pasándose por completo al bando de los españoles. Envalentonada con el éxito obtenido, la regente puso guarniciones en las ciudades y prohibió las prácticas del culto protestante. Valenciennes que se negó á recibir las tropas fué sitiada, encendiéndose con este motivo la lucha entre la regente y los mas celosos protestantes capitaneados por Brederode, Luis de Nassau y los dos Marnix. Las tropas de la regente vencieron en todas partes: Juan Marnix de Tolosa fué derrotado y muerto en Anstruweel, cerca de Amberes, mientras que Orange impedía á los 40,000 protestantes de esta ciudad acudir al auxilio de sus hermanos en peligro. La lucha fué desesperada por ambas partes: Valenciennes hubo de rendirse y el terrible castigo que se le impuso horrorizó á los demás lugares y los indujo á someterse (marzo de 1567).

Orange preveía que la libertad de los Países Bajos había muerto, y como no se encontraba en situación de defenderla, decidió reservarse para mejores tiempos y abandonar el país. A pesar de los esfuerzos que hizo la regente para detenerle, se dirigió á fines de abril de 1567, acompañado de 150 arcabuceros, á sus posesiones de Alemania, á Dillenburg (Nassau). «No han de hallar al pájaro en su jaula», decía el príncipe fugitivo. En vano suplicó á Egmont, con lágrimas en los ojos, que tomara con él las armas ó á lo menos que le siguiera al extranjero: el conde, de carácter débil y voluble, quiso hacer olvidar con su exagerada lealtad presente su oposición pasada. Otros personajes, entre ellos Brederode, fueron mas prudentes, huyendo en gran número al extranjero; Inglaterra, sobre todo, se vió invadida de protestantes fugitivos de los Países Bajos.

Cuando la rica y poblada Amberes se hubo rendido á la regente; cuando se hubo restablecido en ella la Inquisición; cuando las guarniciones reales dominaban las principales ciudades de las diez y siete provincias; cuando en todos los caminos pendían de la horca los cuerpos de los infelices protestantes, y cuando millares de familias se vieron desposeídas de sus bienes, emigrando al extranjero capitales, inteligencias y actividades, entonces pareció restablecido en los Países Bajos el estado de cosas que Felipe había soñado como ideal.

Pero aun no estaba contento aquel monarca que nunca supo perdonar; no olvidó que su hermana se había opuesto por algun tiempo á sus intentos y le había obligado á someterse; así fué que pensó en destituirla y poner en su lugar al hombre que desde un principio había aconsejado el uso de la fuerza, al duque de Alba. Para ello engañó á la regente anunciándole su próxima llegada, y mientras tanto el de Alba con 10,000 veteranos de su confianza se dirigió desde Italia á los Países Bajos, con el pretexto de abrir paso al rey. Los flamencos mas leales, los mismos funcionarios del monarca, consideraron aquel paso como una funesta provocación á todo el pueblo.

El nombre solo del duque de Alba llevó el terror y la desesperación al ánimo de los infelices flamencos que á miras abandonaron el país. En 22 de agosto de 1567, entró

el duque en Bruselas. «El castigo que los malos han merecido van á sufrirlo ahora hasta los buenos», escribía un jurisperito español, celoso católico, á Granvella (1).

El recibimiento que se hizo al de Alba en la capital reflejaba el general descontento que la medida tomada por Felipe había despertado en los Países Bajos. Nadie salió á recibirle, teniendo el duque que abrirse casi violentamente paso por entre los centinelas de la regente para llegar á su palacio. Allí celebró con Margarita una corta entrevista, sin sentarse siquiera, porque la regente, conociendo el papel indigno que le tocaba hacer junto al duque, provisto de plenos poderes, había enviado su dimisión á Madrid ya desde la primavera, es decir, así que tuvo noticias de la llegada del de Alba. Todos sus temores quedaron confirmados, pues el duque procedió sin tener para nada en consideración á la infanta, y los que le rodeaban no se ocultaban de murmurar de la hermana del monarca español y decir de ella que era una mujer mala y peligrosa. El de Alba dejó á su ejército abusar tan impunemente del desdichado pueblo, que los mismos monjes predicaban contra él. Los guerreros de los Países Bajos que había reclutado la regente fueron licenciados, permaneciendo solo con los españoles é italianos los alemanes y franceses, es decir, los extranjeros, á pesar de lo que disponía la constitución del país. Alba, después de haber halagado á la antigua nobleza católica, le dió un golpe de muerte; pues, habiendo logrado por medio de engaños que el conde de Horn fuera á Bruselas, se apoderó de él, de Egmont y de algunos nobles importantes y los encerró en la cárcel. Demasiado tarde comprendieron aquellos la razón de las predicciones de Orange. Felipe manifestó una alegría satánica cuando tuvo noticia del éxito que la astucia había tenido (2). En diciembre de 1567, Margarita de Parma salió de los Países Bajos, diciendo que prefería caer en poder de los turcos antes que sufrir una humillación del duque (3).

Este fué desarrollando cada vez mas el plan de antemano combinado con Felipe. Así, por ejemplo, creó un tribunal, compuesto de doce personas, que dictaba sus sentencias sin consideración alguna; especie de Consejo de guerra, que se denominaba «Consejo de los desórdenes» y que fué con razón designado por el pueblo con el nombre de «Consejo de sangre». En vano la regente, en su viaje á Parma, recomendó el sistema de la benevolencia y la convocación de los Estados generales; en vano apoyaron este consejo Granvella, desde Roma, y los magnates del país: el de Alba, apoyado por el completo asentimiento del rey, creyó deber someter el país por medio de la violencia, sin consideración á las leyes y derechos existentes. Enviáronse espías á todas las provincias para que denunciásemos á cuantos habían tomado parte en los motines, y se crearon comisiones especiales encargadas de preparar los procesos para el mencionado Consejo, al cual encargó el duque que procediera de un modo rápido é inexorable. En un solo día se prendió, según escribía el mismo Alba á Felipe, á quinientas personas, cuya muerte consiguió el duque del tribunal, sin que existieran verdaderos cargos jurídicos contra ellas. En cuanto á los sospechosos, á quienes, por falta absoluta de prueba, no podía sentenciarse á muerte, fueron castigados con fuertes multas.

El Consejo de los desórdenes se componía de algunos pocos realistas de los Países Bajos y de jurisperitos, hechuras del de Alba y educados en la escuela española, los cuales

(1) Poulet, *Correspondencia*, II, 596.

(2) Despacho del embajador francés en Madrid, Forquevaux, de 30 de setiembre de 1567. Gachard, *Biblioteca nacional de París*, II, 249.

(3) Poulet, III (1881), 76.

sin embargo llegaron á espantarse de la sed de sangre que mostraba el duque y que le hacia menospreciar todas las formas legales. «En la cuestion de los rebeldes y herejes, escribía el duque á su soberano, solo cuento con el apoyo de Juan de Vargas, pues el tribunal no solo no me apoya, sino que me mortifica hasta el punto de darme mas que hacer él que los delincuentes.» ¡Y aun no estaba contento Felipe! Con aquel impasible fanatismo, que tan antipático nos hace su carácter, al saber por el duque de Alba que habían sido declarados reos de alta traición todos los firmantes del compromiso le dijo: «Lo mismo debe hacerse con aquellos que les protegían é inspiraban, pues son en efecto mas culpables que ellos.»

Pronto la mayor parte de los doce magistrados dejó de tomar parte en los procedimientos del Consejo; el único que permaneció en su sitio fué aquel Vargas tan alabado por el duque, hombre que había cometido toda clase de delitos, contra el cual pendían dos causas criminales en España, y á consecuencia de las cuales se había acogido á la protección del de Alba, á quien procuraba servir con sus incesantes crueldades. Este Vargas, que no comprendía una palabra del idioma que hablaban los millares de infelices á quienes solía dar tormento y condenar á muerte, llegó á aterrizar con su ciega crueldad á los demás jueces. Todo aquel que caía en su poder, podía contarse por muerto desde el momento en que era preso: los encarcelados á quienes se prohibía todo trato con los suyos, no podían ni recibir ni enviar una carta, y cuando se les habían destruido los miembros en el tormento, eran conducidos al lugar del suplicio con la mordaza en la boca. Al que abjuraba de sus errores se le *hacía una gracia*, y era que en vez de ser quemado se le cortaba la cabeza. Casi nadie salió con vida de los calabozos del sanginario Consejo; pues aun cuando de las investigaciones que se hacían resultase la inocencia del acusado, sabía Vargas encontrar pretextos en qué fundar sus sentencias.

La Europa entera se mostró indignada de un proceder cuyos terribles resultados conocía por los innumerables fugitivos que al pasar la frontera no habían podido conservar mas que la vida. Muchos fueron los católicos que abandonaron igualmente el país. El emperador Maximiliano, como soberano que era también de los Países Bajos y como primo de Felipe II, creyó deber suyo implorar gracia para aquella nación, pero sus exhortaciones no obtuvieron éxito alguno. En los Países Bajos, los funcionarios y oficiales españoles usaban un lenguaje insolente, llamando á todos los flamencos *rebeldes* y *herejes*, y se apoderaban de cuantiosas sumas de dinero. A consecuencia de todo esto comenzaron á quejarse aun aquellos flamencos que hasta entonces mas fieles se habían mostrado á los españoles (1).

Solo una esperanza quedaba á los habitantes de los Países Bajos, y era sacudir, por medio de la fuerza, el odiado yugo. Con esto contaba Guillermo de Orange (2).

Este príncipe había logrado, no sin grandes esfuerzos, evitar la venganza personal de Felipe, á pesar de lo cual sufrió una cruel persecución, pues no solo le fueron arrebatados todos los bienes que poseía en los Países Bajos, sino que

(1) Poulet, III, 35, 389.

(2) Kervyn de Lettenhove inserta, en la obra citada, página 157, una humilde y aun rastrera carta que el de Orange escribió, según dicen, al de Alba, en 8 de setiembre de 1507, implorando la amistad del duque. Este documento no lo descubrió Kervyn, sino que ya era conocido en 1802, bien que no por el original español, buscado por mucho tiempo en vano, sino por una traducción francesa. No hay duda alguna de que el documento de que se trata fué forjado por los enemigos del de Orange. Una obra de Wanter y especialmente el trabajo de Rahlenbeck publicado en la *Revue de Belgique* del año 1882, página 142, explica los motivos de esta invención.

con tiránica arbitrariedad, se apoderaron los españoles de su hijo, el conde de Büren, que seguía sus estudios en Lovaina, llevándole á España, donde fué educado con ideas hostiles á su padre y á su patria, y donde le inspiraron el odio á sus mayores y á las creencias políticas y religiosas de estos. Esta era sin duda la pena mayor que podía hacerse sufrir al corazón de un padre (3).

No es de extrañar, pues, que el de Orange sintiera, por su pueblo y por su propia persona, una profunda animadversión hacia la cruel tiranía de los españoles; así es que él y los demás magnates fugitivos sacrificaron el resto de su hacienda para organizar un ejército con que libertar á su patria. Ayudáronles en su empresa algunos príncipes alemanes, así como Amberes y las grandes ciudades de la provincia de Holanda. Sus



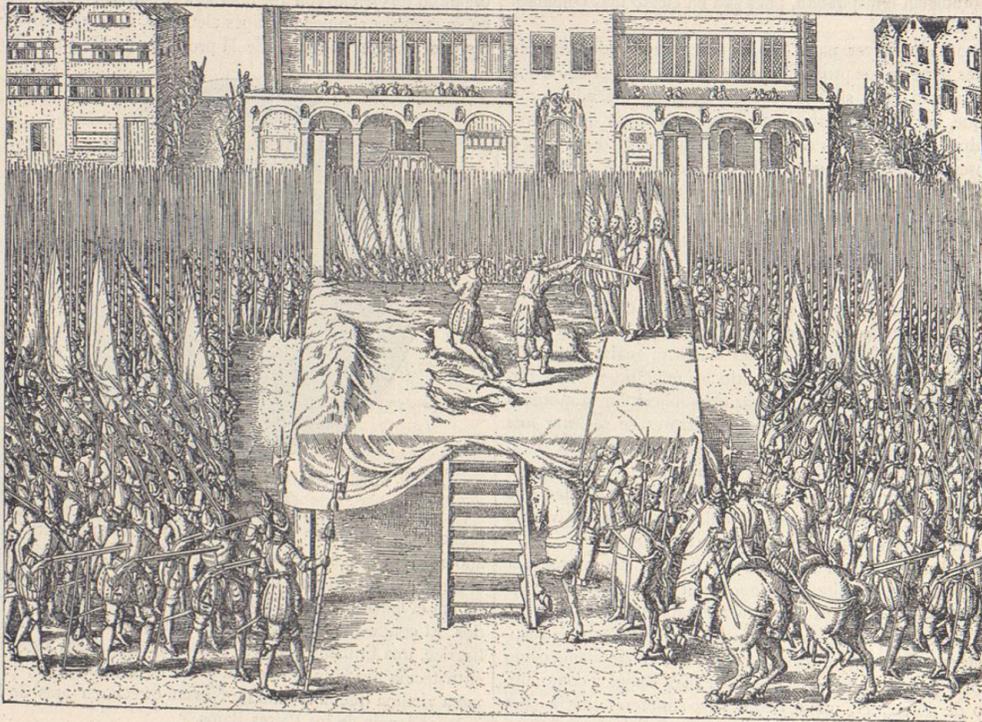
Medalla con el retrato del conde de Egmont (Tamaño natural)

preparativos quedaron terminados durante la primavera del año 1568, penetrando en seguida en la Frisia Luis de Nassau al frente de un cuerpo de ejército. *Pro lege, rege et grege*, tal era el lema que ostentaban en su bandera los sublevados. El conde Luis consiguió, en 23 de mayo, junto á Heiligerlee, una brillante victoria sobre los españoles, victoria entristecida por la muerte de su joven hermano Adolfo, primera víctima que la familia de Nassau ofrecía en aras de la independencia de los Países Bajos.

Todo dependía entonces de si el país tendría el valor suficiente para ponerse al lado de los sublevados, á pesar de los mosquetes y picas de los soldados españoles. Alba quiso impedirlo, apelando al sistema del terror, y contestando á los ataques de los mendigos con la recrudescencia de su sanguinaria actividad. Egmont y Horn, además de otros muchos infelices de segunda fila, fueron condenados á muerte, pasándose para ello por encima de todas las formas legales. Las generales simpatías que ambos, y especialmente Egmont, tenían en toda Europa; las repetidas amonestaciones de los príncipes y cardenales, incluso Granvella, que abogaron en su favor; la indignación del pueblo que decía que por dos veces Egmont con sus victorias había salvado la corona del rey; todo esto contribuyó solamente á que Felipe ordenara al duque de Alba que acelerase sus procesos. Los dos condes fueron ejecutados en 5 de junio de 1568 en el mercado de Bruselas, frente al palacio real, el *Brodhaus*, y á la vista de las preciosas Casas Consistoriales, monumento que simbolizaba la libertad y la independencia del pueblo. Felipe, que

(3) El autor en estos pasajes juzga los hechos del siglo XVI con arreglo á las ideas del siglo XIX, y habría que juzgarlos con arreglo á las de aquella época. (N. del T.)

no olvidaba una sola ofensa, olvidó, en cambio, de tal manera los servicios que Egmont le había prestado, que confiscó todos sus bienes, pudiendo apenas conseguir el duque de Alba, no sin grandes esfuerzos, que se señalara una modesta pensión a su viuda y a sus muchos hijos. La ejecución de Egmont y de Horn pareció, por lo menos, cubierta con ciertos visos de legalidad; pero el rey llevó a cabo otra venganza que en nada se diferenciaba del asesinato vulgar. En 1566 no solo había entretenido con engañosas palabras a Bergen y Montigny, enviados de su hermana, entonces regente, sino que



Suplicio de los condes de Egmont y de Horn. Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenber

ralmente debía concluir con la sentencia de muerte del supuesto reo Montigny fué, en efecto, asesinado en la cárcel, por mas que oficialmente su muerte se anunciara como natural. Es cierto que entonces los monarcas consideraban el derecho de matar á sus súbditos como un derecho inherente á su soberanía; pero el cuidado especial que ponía Felipe II en los detalles económicos de la sucesión de estos y otros sentenciados, y la mezquina codicia que en esto manifestaba, demuestran que no solo el mayor fanatismo y la desmedida ambición política, sino otras pasiones movían el ánimo del monarca español.

Las crueldades del duque de Alba, las ejecuciones que sin interrupción se llevaban á cabo, produjeron sus naturales efectos: los protestantes de los Países Bajos, llenos de horror, permanecieron en la mayor inacción. El pequeño ejército de Luis de Nassau fué derrotado junto á Jemmingen y se vió obligado á evacuar el territorio frisón. A pesar de esta

(1) Gachard, *Correspondencia de Felipe II* tomo II, pág. XXXVII. Poulet, *Correspondencia de Granvela*, I, 84.

los había recibido amistosa y placenteramente; pero á pesar de esto, había resuelto desde el primer momento su ruina. El marqués de Bergen era especialmente odiado por Felipe por haber pronunciado, en los días de excitación, algunas frases contra él (1). Bajo diferentes pretextos, retuvolos á su lado, hasta que creyó llegado el momento oportuno de encarcelar á Montigny; el afortunado Bergen había sido arrebatado á su venganza por una muerte natural. Contra Montigny, que se encontraba en España, instruyeron el de Alba y Vargas un proceso en los Países Bajos, proceso que natu-

derrota el indómito Orange quiso tentar la suerte y se presentó á principios de octubre en las comarcas del Sudeste del país, al frente de un ejército de cierta importancia, pero amotinado por la falta de dinero. La impericia de su hermano había abatido por completo á los liberales, ya diezados por los verdugos, por la emigración y por la guerra; así es que Orange comprendió, con harto sentimiento, que ni una ciudad, ni un solo noble se levantaría á sostener su causa. El duque de Alba, que le aventajaba como general tanto como aventajaban á los mal organizados mercenarios de Orange las aguerridas tropas españolas, le iba acorralando poco á poco. El príncipe intentó fortificarse en el obispado de Lieja; pero también esta tentativa fracasó, visto lo cual, no encontró Guillermo mas recurso para salvarse que penetrar con su pequeño ejército en Francia, donde luchó al lado de los hugonotes en la tercera guerra de religión, hasta que humillado y derrotado tuvo que regresar á Alemania. Los príncipes luteranos de esta nación, en su mezquino odio contra los calvinistas, se negaron á prestarle auxilio alguno en la cuestión de los Países Bajos. Un nuevo

disgusto vino á herirle además en su vida privada: las infidelidades de su esposa Ana, princesa sajona, llegaron á ponerle enfermo y causaron profunda sensación en toda la Alemania.

El papa Pio V estaba convencido de que el camino seguido por Felipe era el mas á propósito para conseguir el objeto que se proponía; así es que mientras enviaba al duque de Alba á quien llamaba «su caro y amado hijo» una espada bendita y un precioso birrete, dirigía al rey un breve, expresión de la gratitud y de la bendición apostólicas. Realmente Felipe había logrado su objeto. El despotismo y el catolicismo exclusivista triunfaban en los Países Bajos, donde reinaba el silencio de la inquietud y del temor constantes, solo interrumpido por el insolente paso de los soldados españoles y por los gemidos de las víctimas conducidas al tormento y á la muerte. Posteriormente se señaló, como una de las principales causas del levantamiento de los Países Bajos el hecho de que el duque de Alba persistiera en su sistema terrorífico, aun despues de restablecida la paz, con lo cual hizo odioso el nombre español á los ojos mismos de la parte pacífica de la población (1). La verdad es que el terrorismo pronto dejó de producir todos sus efectos, pues los ánimos se acostumbraron á la crueldad y perdieron, en su consecuencia, el temor. ¡Con cuánta frecuencia la tiranía régia ó demagógica demuestra, en su perjuicio, la verdad de este aserto!

En otro concepto combatió Felipe por los intereses de España, que él creía íntimamente ligados con los del catolicismo: nos referimos á sus luchas contra los turcos. Francia estaba quebrantada por las sangrientas guerras religiosas; de suerte que únicamente España podía dirigir todas sus fuerzas contra los infieles, que habían sido los mas temibles aliados de Francisco I en las luchas de este contra Carlos V. España estaba, pues, destinada á mirar constantemente unidos sus intereses políticos y religiosos y la guerra contra la media luna, que por espacio de ocho siglos había tenido por teatro su propio país, se agitaba desde entonces incesantemente en todas las costas del Mediterráneo.

El imperio turco se encontraba entonces en el colmo de su poder y de su grandeza (2) y estaba regido por Soliman II (1520 á 1566) llamado el Magnífico, á quien con mas razón hubiera podido llamarse el Terrible. Este soberano había arrojado de Rodas á los caballeros de la orden de San Juan, derrotado en Mohacz (1526) á los húngaros y conquistado para Turquía las ciudades de Belgrado y Buda. Cierto que su marcha conquistadora tuvo que detenerse delante de Viena; pero los Habsburgos se vieron obligados á cederle la mayor parte de la Hungría. Por otra parte, mientras arrebató á los persas los territorios del Eufrates, sus escuadras mandadas por el temible corsario Kher-eddin Barbaroja asolaban las florecientes costas de Italia y se apoderaban de las del Norte de Africa. Los venecianos tuvieron que cederle la Dalmacia, y Fernando I, que despues fué emperador de Alemania, se vió precisado á pagarle tributo. Pero Soliman no era solamente un temible conquistador, sino que, á pesar de su austeridad y ambición de mando, tenía condiciones de hábil gobernante. Administraba rectamente justicia; mantenía á los funcionarios en sus deberes y obediencia, y no se mostraba muy enemigo de sus súbditos cristianos y judíos. A manos llenas derramaba el oro entre los eruditos y los poetas, y protegía la agricultura, la industria y el comercio. Los escritores de Occidente, que naturalmente debían serle poco

(1) *Relacion de Leon Donato*, pág. 439.

(2) Linkelsen, *Historia del imperio otomano en Europa*, II, 611, III, 3.

adictos, le ensalzaban por sus sentimientos humanos, por su espíritu de justicia y de lealtad, por su virtud, por su celo religioso y por su afición al estudio de la filosofía y del derecho (3). En ningun otro tiempo ha tenido el imperio turco tantos y tan grandes generales, arquitectos, historiadores y



D. Juan de Austria
Copia de un cuadro de A. Sanchez Coello existente en el museo Nacional de Madrid

poetas, ni ha producido tan crecido número de creaciones literarias y científicas. Con un reino tan vasto, con un gobierno tan bien ordenado y con un ejército tan numeroso y aguerrido, era el Sultan muy superior á los Estados abatidos y desunidos de Occidente. Solo España parecía bastante fuerte para oponerle resistencia.

El comienzo de la guerra no fué muy favorable á Felipe II; las desgraciadas expediciones contra la isla de los Gelves y

(3) A. Geoffroy, caballero maltés (1546), y W. Pestel (1560) citado por Juan Zeller en su obra *La diplomacia francesa á mediados del siglo XVI*.